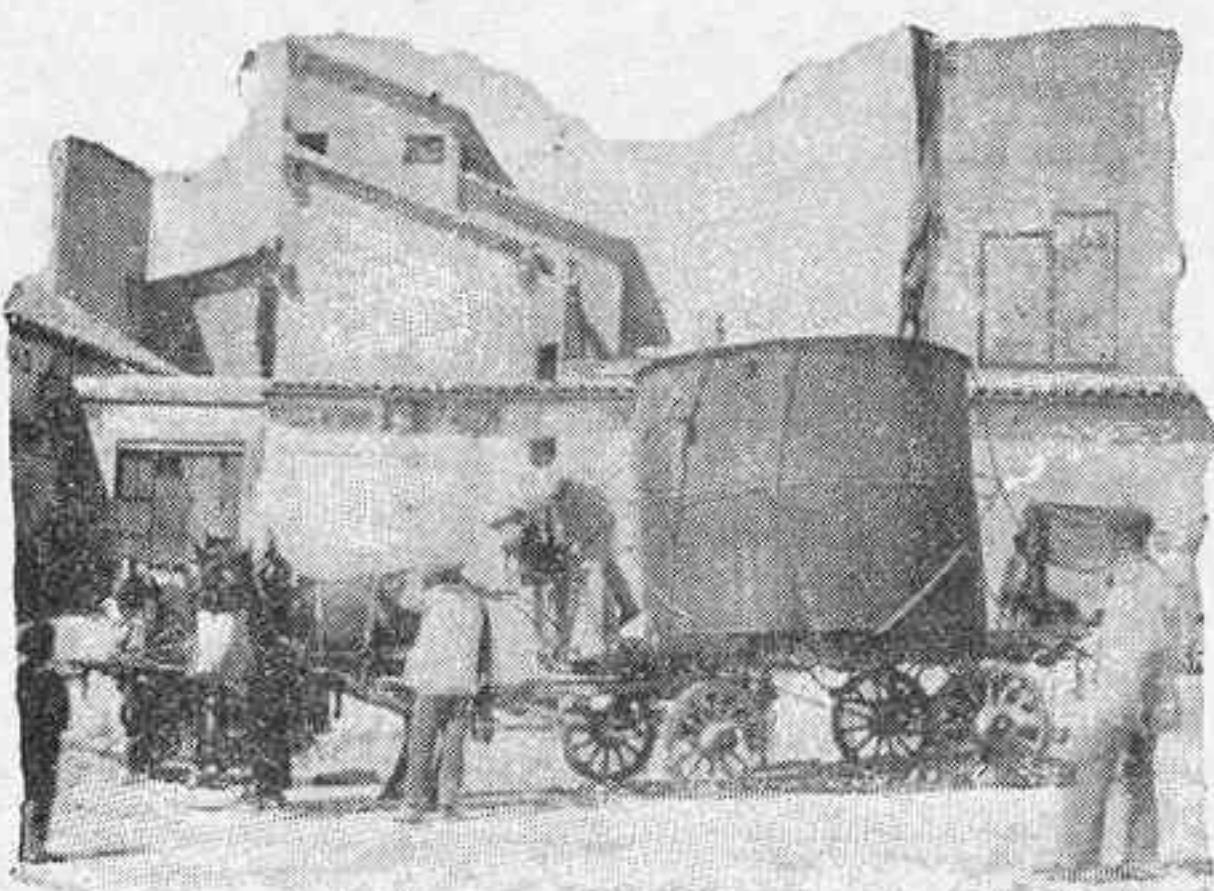
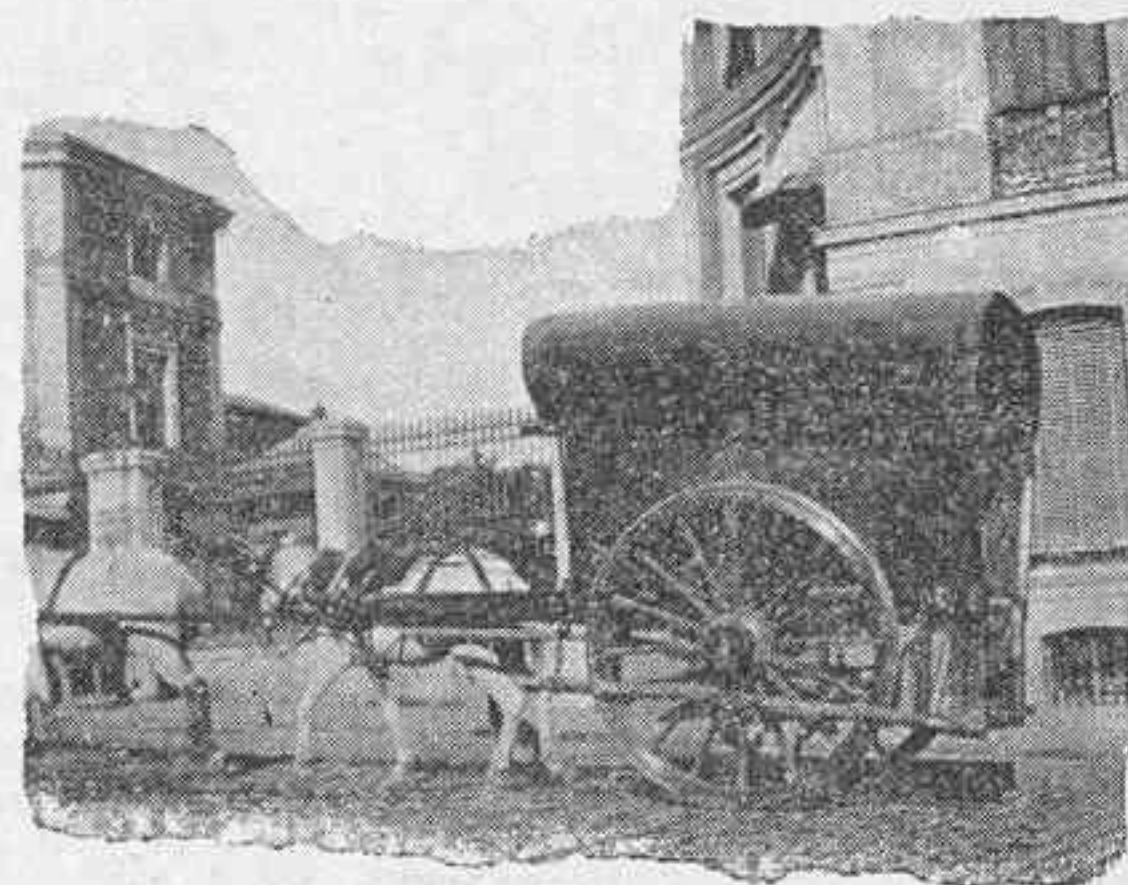


La voz de un carro de pueblo.—He nacido en un pueblo, y á mucha honra. Ya sé yo que con mi toldo siempre puesto huelo á palurdo; pero prefiero que se me conozca, á imitar á esos carros que se lo quitan para disimularlo. Mis moceadas me las pasé en el lugar llevando cahices de yeso, y más de cuatro veces fui á la feria convertido en carretela con mis colchones, y todo para que la gente que me tomaba por coche no se descalabrara, porque eso sí, como paso lo he tenido siempre un poco desigual. ¡Qué tiempos aquellos, y de qué gana, cuando bajo á la estación de Navalcarnero por banastas de uvas, dejaría esta corte que tanto me carga y me iría á mi rincón! ¡No es posible! Mi amo dice que allí no se vive. No parece sino que aquí se encuentran las chuletas por la calle. ¡Allí, al menos, estaríamos en nuestra casa!



El eco de un carro de Administración militar.—Soy la vida del ejército. Mi obligación es penosísima; se me exige hasta que sea un héroe, y dígame si no lo son mis hermanos que sufren en Cuba los ataques de los insurrectos. De mi puntualidad en un campo de batalla depende á veces el éxito del combate, porque el soldado no puede reparar sus fuerzas hasta que yo acudo. ¡Y calcúlese, sobre el peligro de caer en poder del enemigo, las peripecias que me pueden pasar!.... Rompérsese una rueda, matarme una mula del tiro ó un conductor. Así, cuando concluye una campaña ninguno de nosotros sirve más que para ser quemado como leña; tales nos dejan de acribillados á balazos y deshechos de correr. El servicio de guarnición, el ir á los cuarteles á llevar el pan, es la gloria.

La queja de un carro de la carne.—Pues, señor, yo comprendo que debo de ser grande y sólido, porque no es un grano de anís eso de llevar dentro de mi caja dos filas de reses muertas; pero ¿no podrían evitarme este ruido bronco que hace estremecer los cristales? Y puesto á arreglarme, ¿por qué no me taparán por detrás para que no se vea ni deje olor la carne que conduzco? Mi oficio me obliga á ser sucio, á chorrear grasa; pero lo mismo que mis compañeros del matadero no salen á la calle con las manos teñidas de sangre, podría yo ocultar mis vacas y no oír las maldiciones que me echan los transeúntes tapándose las narices. Soy el carro de más importancia de Madrid; debiera de ser adorado por todo el mundo, y, sin embargo, no existe persona que no me aborrezca. ¡Mire usted que es mucho cuento, siendo la cosa tan fácil de remediar!



La jactancia de un camión.—Soy el carro moderno por excelencia. Lanza en vez de varas; cuatro ruedas pequeñas con juego delantero giratorio; cuerpo plano de recia tabla con costillaje de aristas de hierro. Así todos mis cargamentos son de piezas de maquinaria, de industrias novísimas, calderas, rieles de ferrocarril ó tranvía, locomóviles, serones de carbón de piedra. Lo que yo conduzco revela siempre el progreso, y se me ve parado ante las puertas de las fábricas, en las fundiciones, en los almacenes de objetos de ingeniería. Ya sé que mis atrasados colegas de Madrid no me pueden ver porque les quito los arrastres más lucrativos; pero yo no tengo la culpa de que los tiempos cambien y ellos se queden

atrás. Lo mismo les sucedió á las diligencias respecto del tren.

La confidencia de un carro de cerveza.—Madrid se ha aficionado grandemente á la cerveza, y cuando me retiro por la noche me duelen las ruedas de tanto andar. Antes constituía sólo un recreo de verano el tomarse una *chica* de Baviera y un *grande* de limón; pero lo que es ahora, desde que se ha propalado que sienta muy bien al estómago, nadie sabe lo que se renuevan las botellas que llevo. Sin embargo, continúo con mi mula más calmosa que un canónigo. Donde debe de dar gusto ser carro de cerveza, es en esas poblaciones alemanas en que no se usa el vino. Allí ya me habrían

